

Platón conoció a Antístenes y quedó un poco contagiado por la filosofía cínica, como se manifestaba en su *República*, donde anhela un estado comunista fundado sobre las leyes de la Naturaleza. Mas era un pensador demasiado grande y profundo para pararse ahí. Procedía de una noble y antigua familia que hacía remontar sus orígenes en el cielo al dios del mar Poseidón, y en la tierra a Solón. Su madre era hermana de Cármides y sobrina de Critias, el jefe de la oposición aristocrática y del Gobierno reaccionario de los Treinta. Su verdadero nombre era Arístocles, que significaba «excelente y renombrado». Más tarde le llamaron Platón, o sea «ancho», debido a sus fuertes espaldas y atlética corpulencia. Era, en efecto, un gran deportista y un supercondecorado de guerra. Pero

hacia los veinte años encontró a Sócrates y en su escuela se convirtió en un intelectual puro.

Fue acaso el más diligente alumno del Maestro, a quien amó apasionadamente, como estaba, por lo demás, en su naturaleza. Por razones de familia se halló complicado en los grandes acontecimientos que se produjeron a la muerte de Pericles: el terror oligárquico de Critias y de Cármides, su fin, la restauración democrática, el proceso y la condena de Sócrates. Todo esto le afectó y le hizo expatriarse. Refugióse primeramente en Megara en casa de Euclides, luego en Cirene y finalmente en Egipto, donde buscó el sosiego y el olvido en las Matemáticas y la Teología. Volvió a Atenas en 395, pero de nuevo huyó para ir a estudiar la Filosofía pitagórica en Tarento, donde conoció a Dión, quien le invitó a Siracusa y le presentó a Dionisio I. El tirano, que alimentaba un complejo de inferioridad hacia los intelectuales y no alcanzaba a quererles más que a cambio de mortificarles, creyó poderles tratar como a Aristipo y un día le dijo: «Hablas como un estúpido.» «Y tú como un prepotente», respondió Platón. Dionisio le hizo detener y le vendió como esclavo.

Fue un tal Aníceres de Cirene quien desembolsó las tres mil dracmas para su rescate, rehusando después hacerse las restituir por los amigos de Platón que, entretanto, las habían reunido ya. Así, con aquel capital, fue fundada la *academia*. Que no fue la primera Universidad de Europa, como alguien ha dicho. Había existido ya la de Pitágoras en Crotona y la de Isócrates en Atenas. Pero fue ciertamente un gran paso adelante en la organización escolástica moderna. Los libelistas de la época hablan de ella como hoy se habla de Eton, o sea como de la incubadora de muchos esnobismos y sofisticaciones. Los alumnos vestían elegantes capas y tenían un modo muy peculiar de accionar, de hablar y de llevar el bastoncillo. No pagaban matrícula. Pero dado que eran seleccionados únicamente entre las familias más conspicuas (Platón era un franco negador de la democracia) existía entre ellos la costumbre de entregar espléndidos donativos.

En el frontón de la puerta estaba escrito: *Medeis ageometretos eisito*, que era como decir: «Demostrad vuestros conocimientos geométricos al ingresar.» Debía de ser un recuerdo pitagórico. La Geometría tenía, en efecto, gran parte en la enseñanza, junto con las Matemáticas, las Leyes, la Música y la Ética. Platón era secundado por ayudantes que enseñaban con diversos métodos: conferencias, diálogos, debates públicos. Las mujeres también eran admitidas: Platón era un feminista encarnizado. Y los temas eran, por ejemplo: «Buscad las reglas que regulan el movimiento, en apariencia desordenado, de los planetas, confrontándolas con las que gobiernan las acciones de los hombres.»

Uno de los grandes subvencionadores de la academia fue Dionisio II quien, apenas ocupó el puesto de su padre, mandó ochenta talentos, algo así como trescientos millones de liras, tal vez por sugerencia de Dión. Lo que contribuye a explicarnos la gran pasión que con aquel caprichoso soberano tuvo Platón, cuando fue invitado por él en Siracusa. El filósofo debía de ser un hombre valeroso, para volver a la ciudad y a casa del hijo de aquel que le había hecho correr la ruin aventura de ser vendido como esclavo. Mas también le espoleó la esperanza de realizar allí aquella república ideal de la igualdad, en la que creía férreamente. Presuponía un gobierno autoritario en manos de un rey-filósofo. Dionisio II no era filósofo, pero era rey, y Platón esperaba, con la ayuda de Dión, hacer de él su instrumento para la instauración de un Estado al modo de Esparta, de una ascética moralidad.

Acabó como se ha dicho ya. Intimidado por aquel maestro célebre y animado por una fe mesiánica, Dionisio se puso animosamente a estudiar. Luego se cansó de la Filosofía, prestó oídos a Filisto y alejó a Dión. Platón protestó, y dado que Dionisio se mantuvo firme pese a confirmarle su confiado y reverente afecto, presentó la dimisión de la academia que fundara también en Siracusa, y se reunió con el amigo refugiado en Atenas.

No se movió de ella sino raramente. Y parece ser que

tuvo una vejez bastante feliz, o al menos sosegada. La escuela le absorbía completamente. Cuando no enseñaba, llevaba de paseo a sus alumnos en pequeños grupos para seguir ejercitándoles en el arte de argumentar. Platón era un hombre cándido, sin mal humor ni engreimiento. Al contrario, irradiaba un gran calor de simpatía humana; además de exponer elevadas ideas sabía contar los más divertidos chistes y, como todos los hombres profundamente serios, tenía mucho *sense of humour*.

Un día uno de los escolares le invitó a ser su padrino de boda. A pesar de los ochenta años cumplidos, el Maestro acudió, participó en la fiesta, bromeó con los jóvenes hasta bien entrada la noche comiendo y tal vez empinando un poco el codo. En determinado momento se sintió un poco fatigado y, mientras seguía la comilona, se retiró a un rincón para descabezar un sueño.

A la mañana siguiente le encontraron sin vida. Había pasado del sueño momentáneo al eterno sin darse cuenta. Todo Atenas se movilizó para acompañarle en masa al cementerio.